



La imagen y presencia de Zenobia en la obra de Juan Ramón Jiménez: De *Estío* y *Diario de un poeta recién casado* a *De ríos que se van*

MICHAEL P. PREDMORE

Ponencia dictada el 7 de noviembre de 2006 en el
seminario *Zenobia, hoy* celebrado en la Residencia de
Estudiantes con motivo de la publicación de *Epistolario I,
Cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*

Agradezco mucho a la profesora Emilia Cortés Ibáñez y a la Residencia de Estudiantes la muy grata invitación a participar en este seminario para conmemorar la vida y el trabajo de Zenobia Camprubí. Es un placer estar aquí con ustedes para reflexionar un poco sobre la importancia de la extraordinaria figura de Zenobia para la cultura española del siglo XX.

Tanto durante su vida como en el momento mismo de su muerte, Zenobia Camprubí, como todos sabemos, está íntima y profundamente ligada al Premio Nobel de Juan Ramón Jiménez. Reconocer a Juan Ramón como merecedor de este alto honor es también reconocer el inmenso valor de Zenobia en la realización de la obra del poeta. Las palabras que Juan Ramón hizo comunicar en los actos oficiales de entrega del Premio en Estocolmo dan elocuente testimonio de este hecho: «Mi esposa Zenobia es la verdadera ganadora de este premio. Su compañía, su ayuda, su inspiración de 40 años han hecho posible mi trabajo. Hoy me encuentro sin



ella desolado y sin fuerzas»¹ Estas palabras y este sentimiento tan conmovedor nos hacen recordar que a partir de su matrimonio en marzo de 1916, allí está Zenobia al lado del poeta creando condiciones que hacen posible su total dedicación a su trabajo literario. En realidad, es casi imposible imaginar la vida y obra de Juan Ramón sin Zenobia Camprubí. Zenobia es el amor de su vida y la razón de sus muchos triunfos y éxitos. Es su matrimonio, su pasaje de niño a adulto y su entrada en un nuevo mundo. Zenobia es su contacto profundo con el mar, con la ciudad de Nueva York y con la lengua y la gente de las Américas. Zenobia es quien le da un mayor y más hondo conocimiento de la cultura anglo-americana, con Shakespeare, Shelley y Yeats, con Poe, Dickenson y Whitman.

Quisiera comentar con ustedes ahora la imagen y presencia de Zenobia en dos de las obras más importantes del poeta, *Estío* y *Diario de un poeta recién casado*, escritas durante su noviazgo y primeros meses de matrimonio; y en la muy conmovedora elegía, *De ríos que se van*, escrita hacia el final de sus cuarenta años de vida juntos. *Estío* fue escrito en 1915 cuando Juan Ramón vivía en la antigua Residencia de Estudiantes en la calle de Fortuny, el *Diario* en 1916 durante su viaje de España a América, un viaje de ida y vuelta de Madrid a Nueva York. Y *De ríos que se van* fue escrito en San Juan, Puerto Rico, entre 1951 y 1954, en parte durante la ausencia de Zenobia quien tuvo que pasar tres meses en Boston para operarse por primera vez del cáncer que, pocos años después, puso fin a su vida. Zenobia es la realidad que inspira el amor como tema central en las dos primeras importantísimas obras que inician una nueva época de la poesía de Juan

¹ *Lírica de una Atlántida*, ed. de Alfonso Alegre Heitzmann, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999. Todas las citas de esta obra remitirán en adelante a esta edición.



Ramón y también es ella la realidad que vuelve a aparecer como tema central que cierra la brillante obra de uno de los poetas españoles más grandes de todos los tiempos. Estas obras que vamos a comentar brevemente ahora encierran «su inspiración de 40 años».

La obra de 26 poemas, *De ríos que se van*, a la que nos vamos a referir aquí, es el texto cuidadosamente preparado y anotado por Alfonso Alegre Heitzmann, en su espléndida edición *Lírica de una Atlántida*.² Los estudios de *De ríos que se van* que más han influido en el comentario que ofrezco ahora son dos excelentes trabajos de Graciela Palau de Nemes,³ a quien, por otra parte, debemos tanto por sus indispensables biografías y ensayos fundamentales sobre Juan Ramón, así como por la cuidadosa traducción y anotación de los *Diarios* de Zenobia. Lo que nos enseña la profesora Palau de Nemes en sus análisis de poemas específicos de esta última obra es la necesidad de apoyarse a veces en datos biográficos, otras veces en un estudio cuidadoso de varias versiones y variantes del mismo poema y, otras, en significados poéticos que quedan fuera del poema e incluso fuera de la misma obra para poder descifrar el significado preciso de una palabra o frase poética, o una imagen o un símbolo. Este procedimiento para estudiar la obra del poeta es absolutamente necesario porque el trabajo poético de Juan Ramón se caracteriza por lo que él mismo señala cuando habla de «su obra en marcha». Es un trabajo creativo que se distingue por

² Graciela Palau de Nemes, «La elegía desnuda de Juan Ramón Jiménez: *Ríos que se van*», *Papeles de Son Armadans*, agosto de 1968, en *Juan Ramón Jiménez: El escritor y la crítica*, ed. de Aurora de Albornoz, Madrid, Taurus, 1980, págs. 170-176. Y Graciela Palau de Nemes, *Inicios de Zenobia y Juan Ramón Jiménez en América*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982

³ Antonio Sánchez Romeralo, «La tercera Zenobia (Presencia y ausencia de Zenobia en la poesía de J. R. J.)», *La Torre*, Nueva época, año I, núm. 3-4, julio-diciembre, 1987), Número Extraordinario, Revista de la Universidad de Puerto Rico, págs. 63-74.



una elaboración sucesiva de imágenes y símbolos, y por una repetición y acumulación de temas y significados poéticos que se extienden de una obra a otra. Esta obra en marcha crea, finalmente, un maravilloso universo orgánico que posee su propia semántica poética, densa, compleja, y profunda. Este modo de composición artística exige que el lector tenga presente gran parte de todo el universo poético para entender que cada obra forme parte de un todo unificado y coherente.

Vamos a comentar ahora, con solo algunos ejemplos, cómo el sentido y significado poético de algunas imágenes y símbolos en *De ríos que se van* se enriquecen enormemente a la luz de la nueva semántica poética creada en *Estío* y *Diario de un poeta recién casado*. Al leer y releer *De ríos que se van*, lo que se destaca es una serie de elementos poéticos que se remontan a estas dos obras escritas cuarenta años antes: el título mismo de la obra, la dedicatoria, el alma, la estrella, el color oro, el sol, y el mar. Todos estos elementos tienen su historia y su elaboración poética y enriquece mucho tenerlas presente para la plena comprensión de esta obra. Veamos a continuación la dedicatoria a Zenobia, tan sencilla y tan profunda: «A mi mujer, por la esencia de su alma ya vista». Nuestro Antonio Sánchez Romeralo ha señalado perspicazmente hace años cómo esta frase se impregna de valor a la luz de un poema escrito en el *Diario de un poeta recién casado*, fechado el 20 de febrero, en Nueva York, unos diez días antes de la boda.⁴ Es el poema 57 que dice:

Te deshojé, como una rosa,
para verte tu alma,



y no la vi.
Mas todo en torno
— horizontes de tierras y mares —,
todo, hasta el infinito,
se colmó de una esencia
inmensa y viva.⁵

Podemos señalar otro bello poema también del *Diario*, escrito sin fecha, pero durante la segunda semana de abril, poco después de la boda, el dos de marzo. Es el poema 95 que citamos a continuación:

¡Qué débil el latido
de tu corazón leve
y qué hondo y qué fuerte su secreto!
¡Qué breve el cuerpo delicado
que lo envuelve de rosas,
y qué lejos, desde cualquiera parte tuya
— y qué no hecho —
el centro de tu alma!

La esencia de esta alma, no hecha y no vista durante los primeros meses de la reunión y boda de la pareja en Nueva York, ya no tiene secretos, ya no tiene misterio años después. La dedicatoria al comienzo de *De ríos que se van* es la más bella introducción a la conmovedora elegía a Zenobia y anuncia desde el primer momento que el alma de la amada es vista y conocida con profundidad por el poeta. ¡Qué manera más hermosa de

⁴ *Diario de un poeta recién casado (1916)*, ed. de Michael P. Predmore, Madrid, Cátedra, 2001, pág. 145. Todas las referencias al *Diario* en adelante remitirán a esta edición.

⁵ Ver nota 3.



expresar la profunda compenetración de alma y espíritu después de casi cuarenta años de vida juntos!

Otra imagen y símbolo poético mucho más complejo que encontramos en *De ríos que se van* es la estrella. Aparece en el primer poema, titulado «Sólo tú», que citamos a continuación:

¡Sólo tú, más que Venus,
puedes ser
estrella mía de la tarde,
estrella mía del amanecer!

Este poema ha sido magníficamente explicado por la profesora Palau de Nemes en dos ocasiones,⁶ lo que demuestra la enorme riqueza y densidad de significado que posee. No se puede hacer justicia a sus páginas de análisis aquí, pero quisiera revelar ahora otra dimensión de significado que es absolutamente compatible con lo que Graciela ya ha expuesto. La estrella es una imagen clave y recurrente en la temprana poesía del joven poeta. Su fascinante poder de atracción celestial es tan fuerte que llega a constituir un factor importante del dilema interior que aflige a la personalidad poética en *Estío* y *Diario de un poeta recién casado*. Estas dos obras expresan una tremenda crisis de personalidad en la que el protagonista se encuentra atrapado entre los dos polos más importantes de su existencia, entre el mundo de su juventud en Moguer, y el mundo de la madurez y el amor por su novia. El clima emocional tanto en *Estío* como en la primera mitad del *Diario* se expresa en términos de polaridades entre el amor por la

⁶ *Libros de poesía*, ed. de Agustín Caballero, Madrid, Aguilar, 1972, pág. 191.



amada, por un lado, y el amor de la estrella y la luna en la soledad de la noche, por otro. Este dilema se encuentra dramáticamente ejemplificado en el poema 99 de *Estío* que reza así:

Mi felicidad ¿por qué
fue amarga como la yel?

¿Es que mi sino era ¡estrellas!
solo ver en la primera
luz del día desventuras,
y delicias en la última?

Mi desilusión ¿por qué
fue dulce como la miel?

El lenguaje contradictorio aquí («mi felicidad amarga», «mi desilusión dulce») se explica por la crisis de una personalidad dividida. El niño dentro del poeta añora la estrella de la tarde porque anuncia la venida de la noche, el sueño y la fantasía que son sus mayores encantos y obsesiones. Pero ese mismo niño dentro del hombre se asusta de la estrella del amanecer porque anuncia la llegada del día y la necesidad de enfrentarse con un mundo nuevo, el mundo de su novia y una nueva y desconocida realidad que teme. La estrella y las estrellas vuelven a aparecer a lo largo del *Diario de un poeta recién casado* como expresión del dilema del poeta. Pero finalmente el viajero del *Diario* logra vencer sus obsesiones del pasado, se libera de su «corazón de niño», y resuelve su dilema en favor de su amor por la amada y el nuevo mundo que representa.



Toda esta historia del conflicto y resolución del dilema interior de la personalidad poética, con el protagonismo de la estrella, está implícita en este primer poema, «Sólo tú», en *De ríos que se van*. Las polaridades y divisiones dentro del poeta han sido superadas, y la amada, más que Venus, es tanto la estrella de la tarde como la estrella del amanecer, y así expresa el poeta el máximo elogio a Zenobia y revela con este bello poema la unidad de conciencia de una personalidad integrada. Pero hay otro aspecto de este poema que no debemos dejar de comentar: Venus, además de ser la estrella más brillante del cielo, es también, como sabemos, la diosa del amor y la belleza. La evocación de Venus aquí nos recuerda que aparece dos veces en el *Diario*, una vez para simbolizar en la primera travesía del barco por mar el fracaso del nacimiento del amor, expresión de la duda y miedo del «corazón de niño» del viajero, y la segunda vez en el viaje de regreso, para simbolizar el nacimiento del amor en el mar y la plena realización del renacer del poeta en el nuevo mundo representado por su novia. Venus también tiene su historia en el *Diario* y enriquece nuestra lectura de «Sólo tú».

Otro poema de esta elegía a Zenobia, que está estrechamente relacionada con el *Diario*, se titula «El color de tu alma». El alma «ya vista» tiene el color de puro oro, símbolo de máximo valor para el poeta. Este poema ha sido explicado de una manera muy iluminadora otra vez por la profesora Palau de Nemes. Me limitaré entonces a comentar brevemente los últimos versos de este bello soneto que cito a continuación:

El color de tu alma; pues tus ojos
se van haciendo ella, y a medida



que el sol cambia sus oros por sus rojos
y tú te quedas pálida y fundida,
sale el oro hecho tú de tus dos ojos
que son mi paz, mi fe, mi sol: ¡mi vida!

El sol y el oro también tienen su historia poética y contienen todo el significado acumulado establecido por la nueva semántica poética iniciada en el *Diario*. El sol en esta obra de 1916 es el elemento clave que impulsa la voluntad del viajero a enfrentarse con la realidad de un nuevo futuro y que favorece el florecimiento del nuevo amor del poeta a lo largo de *Estío* y el *Diario*. De hecho, cuando el viajero del *Diario* resuelve su dilema interior y supera lo que él llama sus «males infantiles» hacia el final de la cuarta parte del *Diario*, se anuncia dramáticamente este momento crítico en el poema 181, titulado «Amanecer», y es el amanecer más espectacular en toda la aventura del viajero. Este poema nos revela que la crisis de transición de niño a adulto ha dado un paso decisivo en la transformación espiritual de la personalidad poética. El sol estalla entre las nubes de cobre de la madrugada en términos que presagian el triunfo. La plata de la luna, obsesión del niño en el poeta, es sustituida por el oro del sol, máximo valor del adulto renacido. El efecto de su derramamiento amarillo sobre el agua impregna al mundo resucitado con una nueva vitalidad, causando un «nuevo arreglo del universo» que implica a su vez una redefinición del ser, una nueva madurez en el poeta.⁷ De hecho, inmediatamente después, en el poema 182, titulado «Oro mío», se anuncia con triunfo y alegría la liberación de su alma de los problemas del pasado y la preparación del corazón para aceptar «la plenitud de lo increado»:

⁷ *Diario de un poeta recién casado*, cit., págs. 244-245.



Vamos entrando en oro. Un oro puro
nos pasa, nos inunda, nos enciende,
nos eterniza.

.

Sobre el mar, más azul, el sol, más de oro,
nos libra el alma, nos dilata
el corazón tranquilo
hasta la plenitud de lo increado.

¡Oro, oro, oro, oro, oro,
solo oro y todo oro, no más que oro
de música, de luz y de alegría!

¡Ay, que torno a la llama,
que soy otra vez ya la lengua viva!

El sol con su puro oro señala de la manera más dramática la liberación del poeta de las obsesiones del pasado, su renacer sobre el mar y la revitalización de su lengua poética debido al efecto transformador del amor de Zenobia.

Volviendo ahora al poema «El color de tu alma», en *De ríos que se van*, podemos apreciar mejor el significado simbólico del sol y del oro y su máximo valor en la experiencia del poeta, a la luz del drama y aventura de *Estío* y *Diario de un poeta recién casado*. En «El color de tu alma», el poeta

identifica a Zenobia totalmente con el sol y describe su alma «ya vista» con el color de puro oro, y así eleva y exalta a su amada hasta el máximo, confiriéndole el supremo valor vital, creador y espiritual.

Finalmente, debemos reflexionar un momento sobre la perfección del título de esta obra, *De ríos que se van*. Evoca la famosa elegía de Jorge Manrique y reconocemos en seguida que estos ríos son vidas, las de Juan Ramón y Zenobia, que van a dar en la mar. El tema del mar está implícito en esta frase poética y aparece explícitamente repetidas veces a lo largo del poemario. *De ríos que se van*, como título de la última obra del poeta, es la culminación y coronación de su obra total, centrada como está en origen y destino, principio y fin, representado por la poderosa imagen y significación del mar. El mar es, sin duda alguna, una de las presencias e imágenes más importantes en toda la obra de Juan Ramón. En el poema en prosa, *Espacio*, la voz poética evoca y dialoga con el río Hudson de New York y con los varios mares de su vida. En un momento en medio del largo «Fragmento primero», dice: «Para acordarme de por qué he nacido, vuelvo a ti, mar. El mar que fue mi cuna, mi gloria y mi sustento; el mar eterno y solo que me llevó al amor».⁸ El mar es una presencia constante en los paisajes entrañables de su pueblo natal de Moguer. El mar es un poderoso protagonista que le llevó a su amor en su obra más importante, *Diario de un poeta recién casado* en 1916. El mar le llevó al exilio veinte años después para empezar una nueva vida en las Américas. Y este viaje por mar de 1936 es el tema de muchos poemas contenidos en la bella obra escrita en esa época, *En el otro costado* (1936-1942). El tema del mar vuelve a ser central en los tres fragmentos del gran poema en prosa, *Espacio*, escritos en 1941, 1942 y 1954.

⁸ *Lírica de una Atlántida*, cit., pág. 100.



Y es el mar otra vez que le lleva al poeta a Argentina en 1948 y al hallazgo y mística unión con su dios en la gran obra *Dios deseado y deseante*, escrita hacia el final de su vida entre 1948 y 1952. Finalmente, en la última obra, escrita entre 1951 y 1954, es el mar una vez más el que les espera a él y a Zenobia al final del río de la vida. En este sentido, el título, *De ríos que se van*, es perfecto. Es la culminación de una obra total marcada por el mar en todas las etapas de la vida del poeta: nacimiento, infancia y juventud, amor, matrimonio, exilio, encuentro con su dios y muerte.

Uno de los poemas que capta mejor el clima emocional y la complejidad y delicadeza de la situación es el soneto «Concierto»:

Echada en otro hombro una cabeza,
funden palpitación, calor, aroma,
y a cuatro ojos en llena fe se asoma
el amor con su más noble franqueza.

¡Unión de una verdad a una belleza,
que calma y que detiene la carcoma
cuyo hondo roer lento desmorona
por dentro la minada fortaleza!

Momento salvador por un olvido
fiel como lo anteterno del descanso:
la paz de dos en uno.

Y que convierte
el tiempo y el espacio, con latido
de ríos que se van, en el remanso



que aparta a dos que viven en la muerte.⁹

Una vez más nos conviene recurrir a Graciela Palau de Nemes para una exposición sentida y exacta de este bello poema. Explica la profesora:

En la primera estrofa se expresa el amor de toda una vida: la «verdad» y la «belleza» de la segunda estrofa es la de ese mutuo amor capaz de detener «la carcoma». El hablante usa el exacto nombre de la enfermedad de la amada en una metáfora en la que ella es «la minada fortaleza» que se desmorona al roer de la enfermedad. La tercera estrofa expresa la trascendencia de ese amor de ellos que les hace olvidar, que les llena de paz porque, como dice la última estrofa, es capaz de convertir la premura del tiempo que les queda, en un remanso [. . .] En su totalidad el poema expresa, no ya la angustia de los irremediamente condenados a muerte, y nótese que Juan Ramón se incluye, son «dos» los que viven en la muerte; sino la certidumbre de que la fe y el amor que se tienen son capaces de llenarles de paz y hacerles olvidar su tragedia. Este es el tono de la serie *De ríos que se van*, bien mirados, los poemas no son un lamento, sino un acto de acción de gracias a la esposa fiel, generosa y noble.¹⁰

Como indica esta interpretación tan justa, el milagro de esta obra, el milagro del arte poético de Juan Ramón y la grandeza de Zenobia que inspira su arte, es que a pesar de las tristes y trágicas circunstancias en que se escriben varios de estos poemas, con Zenobia gravemente enferma, el poeta logra transmitir una sensación de paz, amor, belleza, trascendencia y renovación a lo largo de su hermosa elegía.

⁹ *Lírica de una Atlántida*, cit., pág. 364.

¹⁰ *Inicios de Zenobia y Juan Ramón Jiménez en América*, cit., pág. 206.